



Constantino Rodríguez, 3 años.
Sara del Valle Ruiz, 24 años.

Con un toque de cornetín

Los años de pastoreo y armamento no robaron la energía a Constantino Rodríguez García, un hombre conquense afincado en Madrid que con 83 años mantiene la ilusión por aprender. Los ojos se le empañan de repente por las lágrimas. Su memoria viaja en el tiempo y en el espacio, y retrocede 78 años, a una Cuenca de patronos, mayores y pastores, a Villalba del Rey. En 1928, un padre muerto por lesión del corazón, una madre con cinco hijos que llora por no tener con qué darles de comer y unos chiquillos que trabajan de sol a sol. Constantino recuerda cómo a los 7 años ejercía de zagal y acompañaba a su tío "el Chaneta" a cuidar los hatajos, rebaños de 200 ovejas. Mientras, su hermano mayor Arturo cargaba leña para el panadero sobre un burrito. "Mi tío me pagaba con comida, aunque me tiraba el pan al suelo", comenta Constantino con la mandíbula tensa por la rabia e incompreensión. Su infancia fue dura, ardua. Aún perduran las secuelas de esa pulmonía que casi le arrebató la vida con 12 años, por dormir con la ropa mojada en días de lluvia. "Sólo regresaba al pueblo cada 15 días y el mayoral nos traía de vez en cuando la muda.

Dormíamos en un chozo construido de piedra y yeso, y la restroja –restos de la siega del trigo- nos servía de colchón". La neumonía le provocó una lesión en el pulmón derecho, una huella del pasado por la que le reconocieron en 1982 la invalidez absoluta. Todo porque en 1934, en Villalba del Rey, no había medios, ni mucho menos antibióticos. Inyecciones balsámicas, cataplasmas de malvarisco y mostaza o sanguijuelas "para sacar la sangre mala" eran los remedios tradicionales que curaban la enfermedad. Su dolencia coincidió con la inestabilidad social. La Federación de trabajadores de la tierra planeaba la ocupación ilegal de latifundios extremeños, andaluces, y castellanos. La CNT adquiría fuerza y los propietarios de las tierras se escandalizaban con las políticas republicanas de expropiación. Dos años después, el hermano mayor de Constantino, con 17 años, se había alistado voluntariamente en filas. "Mi pueblo no conoció la Guerra. Sólo veíamos pasar las ambulancias que transportaban heridos al Hospital de sangre de Huete, a 39 kilómetros de Tarancón", puntualiza Constantino. Tras la guerra, la Guardia Civil, la muerte de milicianos y los días sin trabajo. "Ésta ha sido mi gran tragedia: vivirla siendo un niño...Y en la "zona roja". Los nacionales no se daban cuenta de que yo, con 14 años, no sabía lo que era un rojo, ni un azul, ni nada. Nosotros tan sólo éramos unas criaturas...".

Recluta del temor

Los ojos de Constantino, que se empañan de repente, son claros, unas veces parecen azules; otras, verdes. Su cabello, con resquicios de tinte negro, dibuja patillas blancas. Suena la fajina de un cornetín. Los jóvenes del Regimiento de infantería órdenes militares nº 37 – reclutados en Plasencia, Cáceres- se concentran en el patio, organizados en compañías de 30 personas. Es la hora de cenar. El regimiento tiene hambre, mucha hambre.

Constantino regresa a la noche del otoño de 1943. No conocía personalmente al joven de la quinta del 42, al muchacho que observaba de reojo los boquerones. El soldado pensaba que ningún cabo o capitán lo iba a descubrir, que podría zamparse antes de tiempo el pescado que se hervía en las calderas. "Ven aquí, que te vas a comer todo lo que hay en la perola", ordenó el cabo de cocina al advertir las intenciones del joven y tras propinarle dos sonoras bofetadas. "Nadie rechistaba,



estábamos atemorizados. Desde las filas, con disimulo, intentábamos no mirar”, comenta Constantino. El chico se cayó al suelo asfixiado y “todos los compañeros allí, sin inmutarse, viendo como se ahogaba el chico atragantado con boquerones”. Lo condujeron a la enfermería y, después, al calabozo. “No sería tanto, abuelo”, comentan Óscar, Silvia y Héctor cuando Constantino les describe los castigos que sufrían él y sus compañeros en el patio y en el campo de instrucción. Sus nietos no conciben que allí, en el Regimiento de infantería órdenes militares nº 37, sólo se duchasen cada 15 días, cuando el capitán médico pasaba la revista sanitaria. Todos los soldados se disponían en fila y el médico, con la ayuda de un lápiz, les inspeccionaba los genitales en busca de piojos y ladillas. Eran entonces los mismos tenientes quienes los duchaban y les frotaban el cuerpo con cepillos de raíces hasta que sangrase la piel. “Salí de allí y me vino Dios del cielo”.

Cuerpo a tierra

La Estación ferroviaria internacional de Canfranc, situada en el valle pirenaico de Los Arañones, se consideraba un enclave estratégico-militar por su cercanía a la frontera francesa. Trasladaron a Constantino a Canfranc como destacado para actuar en caso de urgencia y con la misión de impedir cualquier comunicación con el país vecino. “En la estación de Arañones hay tantas puertas y ventanas como días tiene el año, ¡las he contado yo mismo!”, exclama con orgullo y entre risas. No conserva ingratos recuerdos de su estancia en Huesca, sobre todo cuando revive la escena del empacho de judías de su primera noche. Los oficiales procuraban mantener satisfechos a sus soldados porque de éstos dependía su seguridad. Temían la actuación de los maquis -guerrilleros republicanos que se ocultaban en zonas montañosas como los Pirineos- y por esto, con cualquier movimiento sospechoso tocaban la generala. La vigilancia era continua y cada media hora los pelotones de guardia se relevaban. “Todos teníamos una consigna: José Junco Jujo. Si un desconocido no nos respondía con la contraseña, teníamos orden de disparar”. Pese a las llamadas de alerta, Constantino no vio nunca a los maquis. “Se escondían en la sierra por sentimiento, por sus fuertes ideales. Pero, aunque siempre he sido de izquierdas, no los defiendo. Sus manos también estaban manchadas de sangre”. Los ojos de Constantino Rodríguez, que se empañan de repente por las lágrimas, hablan del paso del tiempo y su piel de las experiencias. Con gestos rápidos y marcados revela la energía y vitalidad de un espíritu inquieto. Constantino, sentado en la silla del despacho del Centro de mayores Ramón Pérez de Ayala, inclina levemente su cuerpo, casi en un estilo chulesco. Apoya la barbilla sobre la palma cerrada de una mano, y traza con el otro brazo círculos inconscientes en el aire como si temiera que cesara su actividad. Su memoria recorre regiones, recupera fechas y contempla personas sin vacilar. Villalba de Rey, Huete, Tarancón, Plasencia, Caspe, Jaca, Canfrán, Valdeconcha y Madrid. Constantino, quien se declara una y otra vez analfabeto, ahora acude por las tardes a clases de lengua, matemáticas e historia en la escuela de mayores. Analfabeto en letras y números, pero experto en vida y en memoria, revive, con 83 años, su tragedia.

Lo importante de la vida

Constantino es viudo por segunda vez. Si en su infancia la pulmonía le arrebató parte de su salud, a los 38 años la misma enfermedad le separó de María Hernández, su primera mujer. Éste fue el peor momento de su vida. “¿Qué cuál fue el mejor? Cuando cumplí 18 años y me eché novia. Se llamaba Manuela y me dejó a los dos años. ¡Qué



fracaso que una chica te abandonara en aquella época, en 1942! Entonces subía a mi habitación a pensar y a pensar. No volví a tener novia hasta mi regreso de la mili”.

Las discretas carcajadas y su brillante mirada delatan la ilusión de un amor. El entrañable recuerdo de un paréntesis en su juventud. Su discurso avanza en el tiempo y pasa de la España dolorida de la guerra y la posguerra (en que “las mujeres eran esclavas de los hombres; y los hijos, de los padres”) a la España actual. “La vida de ahora, la vida del día a día, no me parece bien”. Constantino, marcado por su pasado, opta por mantener una visión crítica del presente, temeroso de que en esta “época de vacas gordas” se produzca una nueva ruptura. “Las dificultades que tienen los jóvenes para encontrar un empleo a su medida pueden originar movimientos. Y los movimientos, problemas”, añade. Constantino, quien conduce un Daewoo Matiz y lleva siempre consigo dos teléfonos móviles, camina a paso ligero por el recibidor del Centro de mayores Ramón López de Ayala. Viste una americana verde, a juego con un jersey de pico del mismo color. Una camisa azul, bien planchada y completamente abotonada protege su cuello. Se mueve con soltura. Por el espíritu solidario que heredó de sus padres, colabora económicamente con la Cruz Roja española y es miembro del grupo de voluntarios de la Asociación Salvador Gaviota de Tontarrón. A sus 83 años de edad, atiende a personas ancianas y a discapacitados que no reciben el cuidado de sus familiares. Acude a sus casas para charlar, acompañarles a misa o incluso para arreglarles algunos trámites, como los de la pensión. “Mi vida ahora es cantar y bailar”. Constantino sonríe. “No me faltan mil duros. ¿Qué más quiero?”